

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIV JORNADAS

VOLUMEN 10 (2004), Nº10

Pío García
Patricia Morey
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



El vulgo, los doctos y los errores de la historia natural. Una comparación entre Francis Bacon y Thomas Browne

Silvia Manzo*

Sir Thomas Browne creía que nuestra memoria de los sueños es más pobre que la espléndida realidad

Jorge Luis Borges, *Siete Noches*

Thomas Browne y la inspiración baconiana de *Pseudodoxia Epidemica*

El conocimiento del Nuevo Mundo por parte de los europeos fue uno de los hechos detonantes del proceso de revisión de las historias naturales provenientes de la Antigüedad. Las historias naturales compuestas por Aristóteles y Plinio, que se habían establecido como las fuentes fundamentales para conocer los hechos de la naturaleza y sobre las cuales se basaron los catálogos posteriores, resultaban insuficientes y a veces no podían conciliarse fácilmente con la galería de hechos que se podían encontrar en América. A partir del siglo XVI se produjeron una serie de textos que ofrecían un nuevo relato de la historia natural. En el desarrollo de este proceso se observan dos actitudes diferentes con respecto a las historias naturales del pasado. Por un lado, los humanistas buscaron reconstruir con fidelidad y rigor filológico las fuentes antiguas respetando con reverencia la información por ellas suministrada. Es desde esta perspectiva que autores como Konrad Gesner y Ulisse Aldrovandi, tratando de ser omniabarcadores, compusieron sus historias agregando a los hechos computados por los antiguos los nuevos hechos. Otra actitud, seguida entre otros por Thomas Browne y George Hakewill, consistió en corregir y censurar los relatos antiguos señalando cuáles fueron sus errores.¹

El promotor más decidido de esta actitud crítica fue Francis Bacon, para quien la historia natural es la base indispensable para alcanzar el conocimiento de la naturaleza a través de la inducción. En 1605, Bacon anunció la necesidad de confeccionar un catálogo de errores populares, con el fin de que el entendimiento humano no fuera debilitado ni envilecido en su investigación.² Poco más de cuarenta años después, su compatriota el médico Thomas Browne, famoso por su encendida y polémica defensa de la tolerancia en *Religio Medici*³, llevó a cabo esta tarea y publicó en 1646 *Pseudodoxia Epidemica*, también conocida como *Of Vulgar Errors*.

Allí, Browne recopila los errores populares con respecto a las diferentes esferas del mundo natural a lo largo de la historia. Si bien desde 1578 se venían publicando escritos sobre los errores populares, este texto es más abarcativo que el de sus predecesores pues ellos sólo se concentraban en los errores concernientes a la medicina.⁴ *Pseudodoxia Epidemica* cobró inmediatamente gran difusión dentro y fuera del mundo británico, al punto que el catálogo original fue considerablemente aumentado y reimpresso seis veces durante la vida del autor.⁵ En él se incluyen

* Universidad Nacional de Quilmes. Universidad Nacional de La Plata. CONICET
Epistemología e Historia de la Ciencia, Volumen 10 (2004), N° 10

hechos que formaban parte del canon de "hechos extraños" o maravillas comúnmente aceptado en el siglo XVII.⁶ Tomemos por caso su consideración de las cualidades y poderes atribuidos a los elefantes. Por un lado, Browne considera un dislate que desde la Antigüedad se haya sostenido que estos animales no tienen coyunturas y da una serie de argumentos en apoyo de su crítica. Uno de ellos, señala que se han observado elefantes arrodillándose o echándose por tierra. Pero, por otro lado, Browne dice que no le parece imposible que un elefante haya escrito frases enteras, como lo atestiguan varios relatos. Más aun, cree que estos animales podrían llegar a imitar el habla humana. En favor de esta hipótesis señala que "la serpiente que habló con Eva, los perros y los gatos que suelen hablar a las brujas podrían suministrar algún aliciente" para que los hombres se apliquen a la sin duda difícil tarea de instruir a los elefantes en el acto de hablar.⁷ Browne estaba convencido de la existencia de espíritus buenos y malos, estos últimos dirigidos por Satanás. Por eso no dudaba en absoluto de la existencia de las brujas y de sus maleficios.⁸

Pseudodoxia Epidemica no sólo ofrece un catálogo de los errores más difundidos sino que reflexiona sobre sus causas. En este trabajo expondré una comparación de las posiciones de Bacon y Browne sobre los errores populares y sus causas. Con ella intento contribuir a los estudios actuales en torno a la producción de historias naturales durante la Modernidad al focalizar sobre uno de sus aspectos: la valoración de la cultura popular.⁹

Los errores idólicos en la mirada de Bacon

Comencemos por resumir la posición de Bacon sobre la causa de los errores populares. Hay un episodio en la historia de la humanidad al cual Bacon le otorga una gran importancia epistemológica: la caída de Adán y Eva en el Paraíso.¹⁰ Este episodio fue decisivo no sólo en la historia religiosa del hombre, sino también en la historia de la naturaleza y en la historia de la ciencia. Como consecuencia, la capacidad gnoseológica del hombre quedó degradada y la mente se pobló de lo que Bacon denominó "ídolos". Los ídolos son nociones falsas arraigadas profundamente en el entendimiento de todos los hombres, cualquiera sea su situación social o educativa. Constituyen un verdadero impedimento para el correcto desarrollo de la ciencia. Más allá de esta condición postlapsaria contra la que el hombre está condenado a luchar de por vida, Bacon individualizó otras causas de los errores. Se trata de ciertas tendencias intelectuales que forman parte de determinadas circunstancias históricas, pero no son ya una característica que acompaña a todo el género humano sino a algunos hombres.

Bacon creía que una de las principales causas de error era el excesivo respeto a la autoridad y la credulidad. La facilidad de crédito que se les da a las artes y las opiniones es de dos clases: o bien se les cree demasiado a las artes mismas, o bien a determinados autores.¹¹ Bacon sostenía que la autoridad tiene un poder para fortificar la creencia muy superior al tienen la razón o la experiencia directa. Entre las ciencias hacia las cuales se tiene una actitud más crédula, Bacon destaca a la astrología, la magia natural y la alquimia, pues ellas son las que tienen que ver más con la imaginación. Los autores de estas artes "han buscado poner un velo y ocultar mediante escritos enigmáticos" sus imposturas para darles más crédi-

to. Bacon reconoce que especialmente el entendimiento vulgar es presa de la admiración que intentan despertar ciertos tratados expuestos con artificios retóricos con la intención de captar el máximo asentimiento, aunque la calidad de su contenido sea mínima. A pesar de que no son más que estructuras vacías, "ante el entendimiento vulgar muestran la forma y la estructura de una ciencia perfecta."¹²

Por otro lado, el crédito que se les da a los autores en las ciencias, ha llegado al punto de convertirlos en verdaderos dictadores. Bacon piensa que cuando se da una relación de autoridad de un hombre con respecto a otro, el segundo debe ser ignorante e inculto, ya que en tales personas la razón y la experiencia no ejercen ningún control. También los más jóvenes resultan más crédulos porque sus espíritus imaginan y creen con mayor facilidad.¹³ Si bien Bacon creía que el entendimiento humano puede expurgar sus ídolos hasta un cierto punto, con respecto a la expurgación del entendimiento del vulgo parece ser más pesimista. Por eso llega a decir, "la debilidad y credulidad de los hombres es tal que frecuentemente preferirán un charlatán o una bruja antes que un médico instruido."¹⁴ Por otro lado, era consciente de que el progreso de las ciencias se veía obstaculizado por el entendimiento vulgar, puesto que las nuevas teorías están "por encima de la comprensión de la mayoría de los hombres", y entonces no reciben el favor popular.¹⁵

Sin embargo, siguiendo el adagio clásico Bacon creía que "la verdad es hija del tiempo y no de la autoridad".¹⁶ El paso del tiempo es el que da ventaja al crecimiento del saber. Como Giordano Bruno, Bacon creía que los modernos contaban con más ventajas que los antiguos, así como un viejo sabe más que un joven debido a la mayor cantidad de tiempo que hubo transcurrido durante su vida para conocer el mundo.¹⁷ La nueva ciencia es un "parto del tiempo" y no de un "parto del ingenio". La clave se la superación del error reside para Bacon en la toma de conciencia de la amenaza constante de los ídolos y en la práctica del método para interpretar la naturaleza. Así los entendimientos serán "igualados": ningún hombre es superior a otro en virtud de su naturaleza intelectual.

Los errores vulgares según Browne

Siguiendo la interpretación del teólogo Benito Peréyra,¹⁸ Browne no consideró la caída adánica como una causa de la endebles de la naturaleza humana, sino como una muestra de que esta condición ha existido desde los primeros tiempos. En efecto, Adán y Eva fueron engañados por Satán y se engañaron a sí mismos por su propia debilidad.¹⁹ Además de considerar que la tendencia al error es parte de la naturaleza humana, Browne estableció una distinción cualitativa entre los hombres ignorantes (o vulgo) y los hombres letrados. El vulgo, no por una circunstancia contingente sino por su propia naturaleza, es la porción más engañable de la humanidad. Esta condición especial es consecuencia de varias causas. Una de ellas es que el entendimiento vulgar es incompetente para decidir si algo es verdadero o falso. El error es un juicio falso de las cosas o un consentimiento a la falsedad y la certeza de la verdad se obtiene a partir de los principios del saber y de las causas de las cosas. Ya que el vulgo, "al que los libros no reforman"²⁰, apenas sustenta alguna teoría, no es capaz de discernir correctamente. Esta debilidad del entendimiento, ocasiona que siga las falacias de los sentidos sin exami-

nar la información que ellos proveen.²¹ Browne era un defensor de la razón como instrumento privilegiado para conocer la naturaleza: el hombre debe ser un servidor fiel y humilde de su propia razón.²²

Por otro lado, la credulidad es otra de las causas del error. Además de engañarse a sí mismo, el vulgo es engañado por otros hombres tales como los médicos, los curanderos, los astrólogos y los gobernantes. La gran credulidad del vulgo es para Browne tan negativa como la incredulidad extrema de los sabios y académicos. Con ello, Browne critica especialmente al conservadurismo que en su tiempo solía atribuirse al establishment académico confinado en las universidades. En este contexto, la incredulidad refleja el prejuicio frente a las ideas novedosas y la adhesión ciega a los juicios de la antigüedad.²³ Esta crítica es similar a la de Bacon, quien llegó a comparar los claustros académicos con cárceles que encierran al entendimiento de los estudiantes dentro de los textos de unos pocos autores consagrados por la tradición. Bajo esta perspectiva, cualquier disenso era visto con desconfianza. Bacon pensaba que, a diferencia de la política que se basa entre otras cosas en la autoridad y en la cual un cambio del orden preestablecido puede llegar a ser nocivo, en la filosofía natural no se debe respetar incondicionalmente a los autores y la libertad de juicio debe ser la guía para la incorporación de nuevas obras e ideas.²⁴ Por otro lado, en *Sylva Sylvarum*, su historia natural de mayor alcance, a pesar de proponer la máxima cautela a la hora de examinar testimonios de hechos supersticiosos, Bacon advierte que su propia incredulidad no debe perjudicar la investigación.²⁵

Otra causa del error vulgar señalada por Browne es la falta de capacidad de aprender a partir de los discursos intelectuales. El vulgo se inclina más a aceptar aquello que tiene que ver con lo sensorial y fácil, de donde prefiere ser persuadido por las fábulas de la retórica antes que ser instruido mediante las demostraciones de la lógica. Por la misma razón, al no poder despegarse del sentido más literal de los escritos, el vulgo ha caído en herejías. Las acciones del vulgo están dominadas por el apetito, que es la parte más brutal e irracional del alma. Este dominio borra los pocos vestigios que el alma humana había conservado de su estado prelapsario. Por eso, todas las acciones vulgares están orientadas a la satisfacción de los apetitos, pero nunca están movidas por la virtud en sí misma.²⁶

El desprecio de Browne por el entendimiento vulgar, muy habitual en los intelectuales del Renacimiento inglés,²⁷ aparece con gran elocuencia en *Religio Medici*. En su proclama de la tolerancia, Browne confiesa que él mismo no tiene ningún tipo de aversión hacia los hombres a causa de su nacionalidad o a causa de su credo. Tolera, además, todos los climas, lugares y costumbres. Tampoco manifiesta rechazo alguno por los animales que tradicionalmente han sido objeto de temor o aversión. Sin embargo, agrega, su tolerancia tiene un único límite: lo único que no tolera es la "multitud", "el gran enemigo de la razón, la virtud y la religión". Las palabras de Browne están muy lejos de ser generosas hacia este género de hombres:

la multitud, aquella numerosa porción de monstruosidad, que, considerados aisladamente, parecen hombres y criaturas razonables de Dios, pero, tomados en su conjunto, constituyen una gran bestia y una monstruosidad más prodigiosa que la Hidra. No es contrario a la caridad llamarlos locos.²⁸

La pereza intelectual que envuelve a la vulgaridad es en principio atribuible a cualquier hombre, pero se da más frecuentemente en el pueblo.²⁹ Este desprecio tan enfático por la "multitud", no implica entonces, una identificación de la vulgaridad con una determinada clase social. La multitud vulgar no solamente está integrada por "la clase baja de pueblo" sino también por ciertos miembros de la "gentry", que forman una subclase de "mentes plebeyas" cuya imaginación es movida "por la misma rueda" que arrastra al vulgo: "ya sea por causa de la raíz del engaño que llevan en sí mismos, o bien por una incapacidad para resistir a tan triviales engaños de los otros, aunque su condición y su fortuna puedan ponerlos muchas esferas por encima de la plebe, empero estarán aún aquende la marca de vulgaridad, y serán enemigos democráticos de la verdad."³⁰

La misma imagen negativa de la democracia aparece en Bacon, como conclusión de su reflexión sobre la historia de la filosofía. Bacon lamenta que en las ciencias haya imperado una suerte de democracia, en la cual prevalecen las teorías más acordes con la vanidad y el sentido popular, aunque no necesariamente acordes con la verdad.³¹ Así, de acuerdo a su famosa imagen, en la historia intelectual la invasión bárbara provocó un naufragio de las ideas antiguas, en el cual las filosofías presocráticas quedaron sumergidas debido al mayor peso de sus ideas, mientras que la filosofías de Platón y de Aristóteles quedaron en la superficie a causa de su liviandad, que agrada y seduce más el favor popular.³² Así, Bacon explicaba la recepción histórica de las distintas corrientes de la filosofía griega como consecuencia de las tendencias del vulgo a dejarse seducir por la retórica y la afectación.

Conclusión

Durante el siglo XVI prevalecía la tendencia a valorar la cultura popular como depositaria de una sabiduría ignorada por la élite letrada. Las aguas se dividieron en el siglo XVII entre quienes miraban con beneplácito el "saber popular" y quienes lo rechazaban como crédulo y supersticioso.³³ Ya en el siglo XVIII lo popular fue asimilado monolíticamente con la ignorancia, ávida de encontrar en la naturaleza hechos asombrosos e inexplicables.³⁴ En este trayecto histórico, Bacon y Browne encarnan dos actitudes hacia lo popular aparentemente coincidentes en su hostilidad para con el vulgo. Pero, si bien se las mira es manifiesto que apenas coinciden en puntos que no son esenciales.

Para Browne hay un límite que el vulgo nunca podrá superar porque su constitución intelectual es por naturaleza inferior a la de los doctos: sus errores son irremediables. El vulgo está incapacitado para descubrir la verdad en virtud de su pereza frente a la investigación, su credulidad, su obediencia a la autoridad y su apego a los sentidos y sus opiniones establecidas. No hay medios que lo prevengan de volver a caer en sus errores. Está condenado al error. La redención es imposible.

En cambio, para Bacon lo insuperable no es la condición de "vulgaridad" sino la asechanza constante de los ídolos de la mente humana de la cual ningún hombre escapa en ningún momento. Bacon no entiende que el entendimiento vulgar constituya una diferencia específica dentro del género humano sino el producto de una contingencia histórica. Los hombres que no han recibido instrucción son

más crédulos y proclives al error, no porque sean constitutivamente distintos a los doctos sino porque su situación cultural así lo determinó. Si el vulgo recibiera la instrucción necesaria, estaría en igualdad de condiciones que los doctos. Esta igualdad de las potencialidades del conocimiento humano tiene un sentido dentro del proyecto baconiano de la reforma del saber en tanto en él se convoca a todos los hombre a cumplir un papel en él, con diversificación de funciones de acuerdo a las capacidades personales. Asimismo, la propuesta de una suerte de cooperación intelectual anuncia uno de los rasgos más característicos del pensamiento moderno: la idea de que todos los hombres están igualmente dotados para el conocimiento y la acción.

El análisis de Browne carece de la perspectiva histórica, social y programática presente en la reflexión baconiana. Justamente por eso, el catálogo de Browne no alcanza los objetivos que Bacon se había propuesto. No se trata ya de una ayuda para que la nueva ciencia reconozca los errores populares y se fortalezca al liberarse de prejuicios, generando así un nuevo saber donde lo popular, depurado del error, no tenga por qué ser rechazado por la cultura docta. *Pseudodoxia Epidemica* es, antes bien, una denuncia apasionada de los errores que levanta un muro por el cual lo popular queda definitivamente separado de lo docto. De tal manera, el planteo de Bacon se desfiguró en manos de Browne quien, más allá de su pretendida tolerancia, no pudo trascender el sentimiento antipopular que rodeaba a la élite médica letrada del siglo XVI.

Notas

1 Cf. Peter Harrison (1998) *The Bible, Protestantism, and the Rise of Natural Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 82-92.

2 Todas las citas de la obra de Bacon corresponden a *The Works of Francis Bacon*, edited by James Spedding, Robert Leslie Ellis, and Douglas Denon Heat, 14 vols. London 1867-1876. Las traducciones son más. *Advancement of Learning*, III, 364.

3 Publicada por primera vez en 1642, sin la autorización de Browne. Sobre las circunstancias de la publicación y la recepción de la obra vd. James Wise (1973) *Sir Thomas Browne's 'Religio Medici' and two Seventeenth-Century Critics*, Columbia: University of Missouri Press, 12-13 y Samuel Glen Wong, "Constructing a Critical Subject in *Religio Medici*", *SEL Studies in English Literature 1500-1900* 43.1 (2003) 117-136.

4 William Eamon (1996) *Sciences and the Secrets of Nature: Books of Secrets in Medieval and Early Modern Culture*, Princeton, NY. Princeton University Press, 260-2.

5 Sobre la vida y la obra de Browne vd Johnson, Samuel, *La vida de Thomas Browne* (1ra. edición como prefacio a *Christian Morals*, 1756), en Thomas Browne (1994) *Sobre errores vulgares*, selección, traducción y notas por Daniel Weissbein, Barcelona: Siruela, 33-55 (en adelante PE) y J. Schobinger (ed.) *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, 2er. Band, 3, Die Philosophie des 17. Jahrhunderts, England, Basilea. Schwabw and Co, 1988, 348-353.

6 Daston, Lorraine and Park, Katherine (1998) *Wonders and the Order of Nature*, New York: Zone Books, cap. 8.

7 PE, libro III, 1.

8 Vd. *Religio Medici*, Parte 1, sección 30, edited by J. W. Willis Bund, 1869. Todas las traducciones de esta obra son más (en adelante RM). Sobre este punto vd. Barbara Shapiro (1983), *Probability and Certainty in Seventeenth-Century England*, Princeton University Press, 207-208.

9 La bibliografía sobre el tema es abundante. Me limito a señalar sólo algunos de los textos más destacados: Daston, Park (1998); Jardine, N., Secord, J. A. and Spary E. (eds.) (1996), *Cultures of Natural History*, Cambridge et aliter: Cambridge University Press; Flinden, Paula (1994) *Possessing Nature. Museums, Collecting, and Scientific Culture in Early Modern Italy*, Berkeley, Los Angeles, London: California University Press.

- 10 Sobre la gran importancia de la idea de la caída de la naturaleza en la conformación de la visión moderna del mundo y la nueva ciencia, vd. Jones, Richard Foster (1991) *Ancients and Moderns. A Study of the Rise of the Scientific Movement in Seventeenth-Century England*, St. Louis, Washington University Press, ca II.
- 11 *Advancement of Learning*, III; 289. Cf. *Sylva Sylvarum*, II, 655.
- 12 *Advancement of Learning*, III, 289-290; *De Augmentis Scientiarum*, I, 456-457.
- 13 *Sylva Sylvarum*, II, 656.
- 14 *Advancement of Learning*, III, 371; *Novum Organum*, I, 192.
- 15 *Novum Organum*, I, 198.
- 16 *Novum Organum*, I, 191.
- 17 Vd. Jones, (1961) *ib.*
- 18 PE, Nota 1 p 310.
- 19 PE, libro 1, I.
- 20 PE, p. 60.
- 21 PE, libro 1, III. Sobre la concepción de lo popular en Browne vd Eamon (1996) 263-266.
- 22 RM, Parte 1, sec. 6.
- 23 PE, libro 1, V.
- 24 *Novum Organum*, I, 198.
- 25 *Sylva Sylvarum*, II, Ex 500, 499
- 26 PE, libro 1, III.
- 27 Cf. Patrides, C.A. (1956) "The Beast with Many Heads": Renaissance Views on the Multitude", *Shakespeare Quarterly*, 16, 241-246.
- 28 RM, Parte II, sección 1.
- 29 Daston, Park (1998) 344.
- 30 PE, libro 1, V, 78.
- 31 *Temporis Partus Masculus*, III, 535; *Distributio Operis*, I, 127.
- 32 *Novum Organum*, I, 181, 185-186.
- 33 Eamon (1994) 259-260.
- 34 Daston, Park (1998) 343.